

EL DESIERTO CRECE

Viviana Kuri
Febrero 2010

Francisco Ugarte se ha propuesto intervenir uno de los iconos mexicanos de todos los tiempos: la casa de Luis Barragán. La casa se conserva actualmente tal como la vivió el arquitecto, cargada de todas sus obsesiones, costumbres, objetos, particulares modos de habitar un espacio. Muebles, libros, apuntes, imágenes religiosas, cerámica de Tonalá, dorados de Goeritz, esferas, fotografías de Amazonas negras, señas y señales de una existencia transcurrida.

La intervención que en tal lugar propone Francisco Ugarte es radical. De un tajo desvanece toda la carga emocional y física de los contenidos de la casa. Así, es ahora otro lugar. Y es, al mismo tiempo, el lugar profundo que subyace atrás de las apariencias inmediatas. Se establece un juego de ocultaciones, reflejos y revelaciones. Cada mueble, cada objeto, cada imagen y cada libro retoman una presencia distinta: están allí, pero no están. En cambio, el espacio adquiere una diferente calidad, sus dimensiones se acentúan o distorsionan, las específicas voluntades de Barragán por disponer de cierta precisa manera los componentes de cada ámbito se subrayan o se subvierten. La casa está tomada. Una realidad distinta la habita: su lectura adquiere un insospechado carácter.

La obra de Ugarte propone con frecuencia una visión que conduce, con serenidad y levedad, a otros modos de leer el entorno. Actúa a veces por sustracción: limita al mínimo la acción artística y con ello su trabajo adquiere una fuerza de expresión inesperada. Conduce a quien considera sus obras a reparar en lo invisible. Establece un discurso sutil que limpia la capacidad de ver del espectador. Y provoca así, el acceso a una realidad distinta y paralela, absolutamente personal.

La luz, sus efectos y sus juegos, es quizás, el elemento central de esta apropiación. El resultado del ejercicio: la transformación de cada objeto en un espejo que ahora recibe y emite luz, que refleja el espacio y lo transforma, y en el que, a veces aparece la imagen misma de cada espectador. Como en las esferas que obsesivamente, el propio Barragán instalaba en su arquitectura. La casa es, en sí misma, una deliberada maquinaria para procesar la luz, para acentuar ciertas calidades y efectos del espacio, del silencio. La lectura que ahora propone Ugarte modifica temporalmente esa maquinaria, o la potencia convirtiéndola en *otra cosa*.

Francisco Ugarte produce piezas que aparentemente carecen de narrativa. Con una lectura más detenida es posible advertir una intencionalidad que conduce a estratos más profundos de su significado. Hay un componente eminentemente autobiográfico en sus intentos por crear intersticios personales, escapes hacia lugares de la memoria o la imaginación. Regresa siempre al recuerdo del polvo que flotaba, y el juego con la luz de la rendija volvía visible.

Tres videos se repiten sobre los muros del estudio como parte integral de la intervención: las playas de Sayula, dos momentos en la presa en la sierra de Tapalpa. Contemplaciones y transfiguraciones que remiten, irremediabilmente a la misma raigambre que, muchos años antes, alimentó también la sensibilidad de Barragán.

La casa de Luis Barragán está poblada por presencias invisibles. Muchas se han ido, otras permanecen. Con su trabajo, Francisco Ugarte ahora las convoca. Y agrega, venturosamente, otras más. Al ir, en apariencia, contra todo lo que la casa es en el imaginario común, le añade ahora una nueva capa de significado, otra veta para su interpretación. Las playas de Sayula albergan efímeros espejos que el sol después deseca. El desierto, entonces, deja llegar lejos la vista, permite contemplar al polvo y las variaciones del sol. Abre el espacio de lo posible, de lo que no está allí. Al intervenir la casa Barragán, ese fecundo desierto crece.